



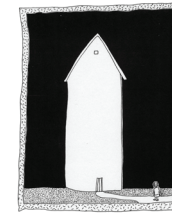
Mañanas

*En la mañana azul, al despertar, sentía
el canto de las olas como una melodía
y luego el soplo denso, perfumado del mar,*

*y lo que él me dijera aun en mi alma persiste;
mi padre era callado y mi madre era triste
y la alegría nadie me la supo enseñar...*

Abraham Valdelomar

Soy



Soy María Fernanda de los Altos Muñoz, para servirles. Pueden decirme Marifer, así me llaman los que de veras me quieren. Nací en el Puerto de Santa María de los Altos, no muy lejos de la capital, por eso me llamo María Fernanda de los Altos y todavía huelo a mar. Cuentan que nací la madrugada de un viernes frío a finales de otoño, cuando la luna aún no se decidía a retirarse; ese día, por algún motivo, el sol tampoco salió. También dicen que al verme tan flaquita y feíta, la luna se olvidó de su menguante y se escondió. Sin luna y sin sol, por una semana y más, los amaneceres que siguieron fueron los más oscuros de la historia de esta nación. Para colmo, por esos días, una espesa neblina cubrió cerros y tejados y el cielo se mantuvo vestido de luto, para nada se aclaró. Los astrólogos no encontraron explicación científica alguna: es solo una coincidencia que esto pasara la mañana en que nació María Fernanda, decía mi abuelo. Felizmente, mi fealdad a mi madre no le importó y me quiso igual.

Para recompensar el designio de la naturaleza, la Divina Providencia se esmeró en proveerme de un maremoto por dentro, una sensibilidad de artista y muchas ganas de vivir. Después, poquito a poco, la naturaleza misma se encargó de embellecerme

a su manera: me dio un pelo como el de los camellos, manchado de sol y tierra, una piel tostada natural que iba muy bien con el manchón de luz clara que tenía en mi cabeza, y mis ojos eran como dos grandes almendras sin pelar.

No éramos ni ricos ni pobres. Mi único recuerdo del puerto era el de cómo rechinaban las tablas de madera en el ir y venir de mi madre en la vieja casa de playa. También recuerdo el salpicón de ola que azotaba las ventanas cada amanecer, y los aires de mar que acumulaban la arena en ordenados montículos, los cuales quedaban abandonados en la terraza hasta que yo los pisoteaba después del desayuno.

¿Mi padre? ¡No sé a qué mundo raro escapó! Nunca lo conocí. Nos dejó cuando mi madre quedó esperando a los mellizos. Yo tenía tan solo dos años y medio, así que no me recuerdo para nada de él. He visto fotos de un apuesto caballero de piel morena, pelo lacio, bien engominado y peinado hacia atrás, de facciones finas, nariz alargada y bigotes oscuros; no me luce como alguien capaz de abandonar a su familia. Mi abuelo Alejandro dice que es un irresponsable, que no pudo afrontar una pequeña oleada en su tumultuoso mar de problemas y decidió irse para siempre, pero esto tampoco lo creo. Yo pienso que algún día regresará y por eso lo espero.

—Ven, por favor, papito... —pido yo cada noche, hablándole por gusto a una diminuta fotografía que ni recuerdos me trae.

Por ahora, lo único que sé es que mis abuelitos y mi tía Rebeca nos acogieron a mi madre y a mí, con abundante cariño y sin

hacer muchas preguntas. Cambiaron mi apellido en el Registro Civil: quitaron el de mi padre y me dejaron el nombre del puerto, porque se recordaron de esa tradición de llamar a la gente según el lugar de nacimiento; así olvidaron para siempre al desertor. Mi madre, que en paz y cariño descanse, duró poco. Se le complicó el parto y solo me quedó Daniel: el mellizo que no se murió.

No duramos mucho en el vejistorio junto al mar ya que, por una buena jugada del destino, mi abuelo materno, don Alejandro Muñoz Gordillo, heredó una gran fortuna destinada a los dos hermanos Muñoz. Así fue como mi abuelito, que era contador, dejó de contar y se dedicó de lleno a la lectura. Mi tía Rebeca, que cosía para ayudarse un poquito, dejó de coser por obligación, pero siguió con el oficio por placer y para mantener las manos y la mente ocupada, y «no tentar al demonio», como decía ella. Mi abuelita, Tomasita Palacios de Muñoz, dejó de llorar, por un tiempo, al menos. Se secó sus lágrimas y se interesó nuevamente por su familia, endulzando nuestras mañanas con sus famosas mermeladas que ella misma confeccionaba con frutas frescas y azúcar por montón. Fue entonces cuando nos mudamos todos a Mendiburo, un barrio «bueno» de la capital donde, en una casona señorial, transcurrieron los años más felices de mi vida.

Mendiburo



Vivíamos todos allí: mis abuelitos, mi tía Rebeca y su esposo, mi tío Samuel, mi hermanito Daniel, un mayordomo llamado Teófilo, mi nana Peta, una lora, el tucán Luis Pepe y los peces de la poza del jardín.

Mendiburo era el nombre del barrio donde se encontraba la casona. Yo no sé lo que significa ese nombre, pero creo que debe pertenecer a algún señor ilustre o famoso, o alguien por el estilo, un general, como tantos que hay, o tal vez un héroe, yo qué sé...

El vecindario de Mendiburo era alegre, con el típico bullicio de barrio de ciudad capital. Por las mañanas, desfilaban: panaderos, fruteras, lecheros, afiladores de cuchillos, vende trastes y con algún entierro, una que otra plañidera. Se escuchaban también las campanas de la catedral, que no estaba lejos; si estabas atento, hasta podías oír los gritos y peleas del mercado central, que sí estaba lejos. Si caminabas por la calle tempranito en la mañana, también podías ver un sinnúmero de empleadas domésticas, baldeando patios o barriendo hojas muertas; cuchicheando entre escobazos, comentando las telenovelas y contándose el último chisme de ayer. Las risas de los colegiales se perdían en el chillido de las bocinas de los carros, para luego aparecer, campantes, entre los estridentes sonidos de los frenos de los grandes autobuses y el traqueteo de los motores de los camiones. Una mezcla humeante de ruidos, olores y colores,

Mendiburo era un barrio alegre, bordeado de cerros y cercano al puerto, que despertaba los sentidos e invitaba con su encanto a cualquier artista a crear...

Mi abuelo, don Alejandro Muñoz —que desayunaba con el periódico, almorzaba con la radio; cenaba con el televisor— estaba enterado de todo. Él, tal vez podría darles los datos completos de la historia y memoria de Mendiburo. Desde que heredó su fortuna, tiene más tiempo libre para enterarse en pleno de los sucesos nacionales e internacionales. Yo más bien me dedico a dibujar y a soñar... En los jardines de Mendiburo se abrió para mí un mundo mágico, un mundo maravilloso de fantasía tan bien disfrazado de realidad, que es aún para mí difícil distinguir lo que es mentira de lo que es verdad. Los invito a seguirme, y a perderse en esos jardines que guardo secretamente en la sinceridad de mi corazón...

Como brisa de playa

Las mañanas se alargaban como brisa de playa en un dolido amanecer. Era invierno. La casona reflejaba orgullosa su brillo matinal de plata fina. Hacía frío. La humedad supuraba sobre las hendiduras de sus muros y paredes ya seniles. Era como si el mar me persiguiera... la sal y la arena dejando sus huellas por dondequiera para que no me atreviera a olvidarlo. Una leve llovizna descansaba en mi cabeza mientras cruzaba el patio central que me llevaba al huerto del abuelo. Hoy jugaría en el jardín todo el día: era sábado.



Mi nana Peta

La habitación de mi nana Peta daba al patio central. Vi la luz encendida de su cuarto y toqué a su puerta.

—Soy yo, nana Peta, yo, Marifer...

—Tan temprano, niña, ¿y ya despierta? —reniega con un bostezo mi nana al abrir la puerta; su larga cola de caballo a medio trenzar.

—Ya lo sé, solo vi tu luz... iba para el jardín.

—¡Ni los pajaritos andan despiertos todavía, niña!

—Tú sí, nana. ¿Adónde vas?

—Voy a misa. Después, en mi escapadita traigo la leche pa'l desayuno.

—¿Tan temprano?

—Es que fíjese, niña, que mi Diosito lo escucha mejor a uno cuando toditos están durmiendo, así llevo yo más ventaja, pues.

—Y tu Diosito, ¿no estará durmiendo también? —le pregunto, creyéndome muy sabia, sin ni siquiera haber cumplido todavía los seis años.

—Mi Diosito no se duerme así nomás, niña, yo le hablo todo el tiempo, así me recontraseguro que no le entre el cansancio, pues. ¡Pero mire cómo viene tan destapada, niña, se me va a enfermar! ¿Y su bata? ¿Dónde la dejó? —me regaña mi nana algo alterada.

—No sé —le respondo, alzando los hombros.



—Ay, qué niñita esta que no aprende... —masculla, mientras me abriga con su colchita de lana multicolor, tejida a crochet, y me sienta en su cama recién tendida—. Espérese aquí un ratito, nomás hasta que salga el sol...

Y me acurruco sobre sus sábanas de algodón, que están limpias y tiasas porque se le pasó el almidón, se sienten como esparadrapos gigantes envolviendo su humilde colchón. Mi nana luego se me acerca con una pequeña botella de agua de violetas.

—Pa' que huela rica, mi niña —dice, mientras me la rocía en el pelo, y se seca lo que le chorrea de las manos en el borde de la sábana.

—Gracias, nanita, ¡te quiero mucho, mucho...! —le digo abrazándola muy fuerte, y no la suelto.

—Y yo a usted, mi niña Marifer —responde zafándose—. Pero, déjeme irme ya que se me hace tarde; le prometo que despuésito me consigo un tiempito pa' que juguemos en el jardín.

Así era mi nana Peta. Mi nana rezaba mucho y, cuando no rezaba, hablaba ella sola, conmigo y con todo aquel que se le pusiera enfrente. Su nombre de verdad era Ruperta o Rigobertha o algo así, pero como yo de bebita no podía pronunciarlo, le decía Peta, y con ese apodo se quedó. Ella era una india delgada pero fortachona, nacida en la selva amazónica, y no sé cómo fue a parar a la capital. Lo único que le quedaba de su ancestro forestal era su carácter fuerte y su trenza negra y gruesa que le acariciaba la espalda y le llegaba hasta la cintura. De chiquita le dio viruela y su cara quedó por siempre marcada con hoyuelos

como de piña madura, pero a mí nada de eso me importaba. Tampoco me importaba su diente de amalgama plateado, que para muchos era repugnante, pero para ella era su orgullo porque lo creía de plata pura. No le alcanzó el dinero para hacérselo de oro y por ahora se conformaba con ese, que la sacó de apuros para no verse desdentada. Lo mostraba con cada sonrisa y, como eran muchas, por la calle le decían: «Rupis, la de la boca plateada». Secretamente mi nana ahorra su dinero para cambiarse el diente por uno mejor de oro puro.

Mi nana Peta era mi nana buena, el angelito que me cuidaba... Creo que ella, a falta de amor, llenaba su vida con palabras. Su marido era un borrachín bueno para nada, que nunca estaba en su casa, y cuando llegaba la destrozaba entre borracheras y enojos. Hasta que un día, mi nana le dijo: «Ya no te aguanto más». Y se desapareció del mapa metiéndose de sirvienta, y así ya no tuvo que soportar más abusos y berrinches del tomador empedernido. Su hijo, el joven Javier, ya tenía diecinueve años en ese tiempo, se le había ido por ahí porque había salido igual que el padre de vago, y para nada se ocupaba de la mamá. Solo la buscaba cuando necesitaba dinero y después se desaparecía por meses, pero mi nana Peta no perdía la fe en él.

—Ya verá, mi niña, que un día le va a entrar con ganas a la chamba. Así lo crié yo, como Dios manda, ya verá, niña...

Y luego mi nanita me decía adiós con su genial despedida...

—Me voy y te dejo como triste conejo: ¿a quién daré consejo?

—¡Al ratón sin pellejo! —contestaba yo riéndome, tapándo-

me mi cara de niña engreída con su colchita de lana multicolor que olía a puro monte, a ella.